

Ya no se cantó, ya no se rió, ya no se comió mas en las Tullerías, y el luto y las lágrimas inundaron la Francia.

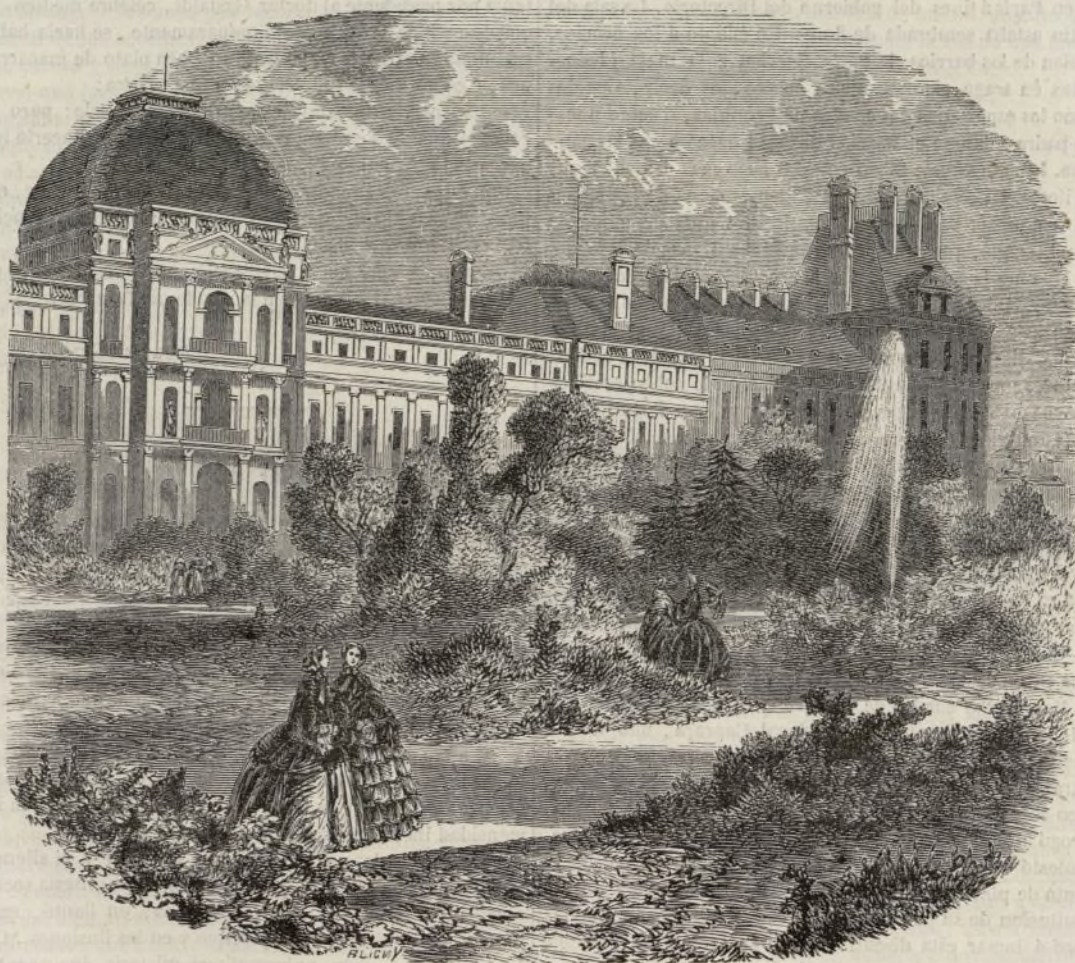
Los grandes maestros se habían llevado consigo la ciencia al extranjero. Los príncipes alemanes, los boyardos rusos, los lores de Inglaterra, el mismo rey Jorge III, se tenían por felices y se mostraban orgullosos de poseer cocineros franceses. Los revolucionarios del año 93 habían pasado su nivel sobre la mesa, como sobre las cabezas. Poco faltó para que el apetito de las gentes honradas no se hubiese visto condenado á satisfacerse con las patatas, los na-

bos, las cebollas y las zanahorias del almanaque republicano.

Muchos de nuestros lectores sabrán sin duda, que cuando se alteraron en el Almanaque los nombres de los meses y de los días de la semana, se desterraron de un solo golpe los nombres de los santos, poniendo á cada día del año el nombre de una fruta, de una verdura ó una flor.

¡Cómo habían cambiado los tiempos! Y cuán terrible metamorfosis iba todavía á verificarse.

En aquellos mismos sitios donde antes se bebía, se comía y se cantaba alegremente, no se oyó ya mas que el



Vista del nuevo jardín de las Tullerías.

toque de la generala, el paso de carga, y el cántico feroz de los malvados *sansculotes* que vinieron á teñir en sangre el terreno donde Renar cultivaba con amor sus preciosas flores por lo raras, y donde daba de comer con tan exquisita delicadeza.

Sin embargo, la ciencia culinaria oprimida, humillada, bajo el reinado de los *sansculotes* se levantó con el Directorio para brillar con su mas vivo esplendor en los tiempos del Consulado y del Imperio. En esta época es preciso colocar el renacimiento de la cocina francesa, y la creacion

del *Restaurant Legacques* sobre la terraza de los Fuldenses. En las hornillas del famoso fondista se conservó el sagrado fuego en una especie de escuela normal, de donde debían salir un día sus grandes discípulos.

La casa de Legacques apoyada en el muro de los Fuldenses, fué derribada cuando Napoleon I hizo comenzar la calle de Rivoli, reemplazando la pared de Le Notre por la elegante verja que hoy tiene. La calle de Rivoli es la primera calle del mundo, habiéndola concluido Napoleon III, derribando para ello barrios enteros de París.

Mucho tiempo despues de la demolicion de la fonda de Legacques, el marqués de Cusi, prefecto del palacio Imperial de Napoleon I, é ilustre gastrónomo, evitaba cuidadosamente el pasar por la terraza viuda de tan bella institución. Y como le preguntasen la causa respondió tristemente:

—No lo puedo remediar, es mas fuerte que yo. No puedo olvidar el delicioso perfume que exalaban las cacerolas de aquel gran cocinero, y que embalsamaban el jardin.

¡Qué elogio para Legacques y en qué boca!

El fondista Legacques fué el que tuvo el honor insignie de preparar el famoso *Banquete griego* que tanto ruido metió en París á fines del gobierno del Directorio. La sala del festin estaba sembrada de flores. En cuanto á los griegos, venian de los barrios de París. Servian á la mesa jóvenes ilotas en traje rigurosamente clásico, es decir, vestidos como los espartanos del cuadro de Leonidas, ó como nuestro padre Adán en el Paraíso despues de comerse la manzana. Las mugeres estaban vestidas poco mas ó menos que los ilotas. La célebre madama Talien era una de las reinas del banquete, y una ciudadana Pipelet muy de moda en aquel tiempo, que cantó unas canciones dignas de Safo.

Esta era la moral al uso del Directorio, y la grecomanía estaba á la órden del día. Todo marchaba entonces acorde. Pinturas á la griega, tragedias á la griega, vestidos á la griega, discursos y canciones á la griega. David, el célebre pintor, se moría por estas cosas, y á él se le deben esas bellas mascaradas griegas y romanas que han ilustrado las fiestas públicas de aquella época.

No exageramos nada con decir, que una epidemia de las formas griegas se habia apoderado de la sociedad entera en tiempo del Directorio. Llegaba á tal punto la pasión por el desnudo en el pintor David, que sentia un invencible horror á toda clase de vestidos. Un día que se encontraba frente á su cuadro de la *Asamblea nacional en el Juego de pelota*, uno de sus mas bellos lienzos, exclamó con amargura:

—¡Qué vergüenza, haber sido condenado á hacer todos esos calzones como un sastre!

En su gran cuadro de la Coronacion de Napoleon, David habia representado al cardenal Caprara, uno de los asistentes del papa, sin peluca y con su cabeza calva. El retrato era de un perfecto parecido, empero el cardenal, poco reconocido á esta ventaja, solo vió lo que le faltaba, y rogó al pintor tuviese la bondad de devolverle su peluca. Protestó éste que jamás envileceria sus pinceles hasta el punto de pintar una peluca. Insistia su eminencia por la restitution de su peinado oficial. Tan grandes proporciones llegó á tomar esta discusion, que se sometió al príncipe de Talleyrand, ministro de Negocios estrangeros, y se trató la cuestion diplomáticamente. El cardenal ponía tanto mas calor en sus reclamaciones, cuanto que jamás papa alguno habia llevado peluca. Al renunciar á la suya hubiera parecido anunciar algunas pretensiones al trono pontificio, en caso de que hubiera quedado vacante la Santa Sede. David no cedió, diciendo que su eminencia debia darse por muy satisfecho de que no le hubiese quitado mas que la peluca. El cardenal Caprara se quedó, pues, tal como habia sido pintado en el cuadro, y tal como lo habian visto y pueden verlo nuestros lectores en el Museo de Versailles.

En la casa de Legacques se daban las grandes comidas

de los embajadores, y mas de una vez allí se arreglaron en tiempo del Imperio los destinos del mundo. Sabido es el axioma de: «Las comidas constituyen la parte esencial y seria de las conferencias diplomáticas.»

En esta célebre fonda la *Sociedad de los Miércoles*, compuesta de la flor de los hombres de mas talento y gastrónomos de la época, celebraba sus sesiones ordinarias y extraordinarias. Allí se trataban las cuestiones mas suculentas, allí comedores jubilados confeccionaban en la mesa un código inmortal que debia marchar á la par con el código Napoleon; quiero decir, el código gastronómico era un verdadero consejo de Estado de la cocina. Este consejo tenia por presidente al doctor Gastaldi, célebre médico, el que despues de haber comido opíparamente, se hacia habitualmente servir por vía de café un buen plato de macarrones, y como un día se lo criticase una señora:

—Madama, respondió, el macarrón es pesado: pero es como el dux de Venecia, cuando llega hay que hacerle lugar, y todo el mundo le abre el paso.

En esta misma reunion, el sábio Enrion de Pansey, ese gran magistrado de que aun hoy se envanece la Francia, tenia costumbre de decir:

—Yo no creeré en la civilización, sino cuando vea un cocinero en el Instituto ó en la Academia francesa.

MANUEL GUZMAN.

UNA NOCHE DE OTOÑO.

RECUERDOS INFIMOS DE 1830.

El sol toca ya al término de su jornada. Va á esconderse tras las escarpadas y parduscas peñas del Monsant. Se despiden de nosotros entre las nieblas que desde el Ebro estienden sus blancas alas, y las nubes doradas que le rodean como cortinas en su ocaso.

El astro de fuego ha desaparecido.

Acabóse el día, y otro grano de la existencia del hombre cae del reloj de la vida; un momento menos en la inmensidad incomensurable del tiempo.

Va á llegar la noche entre las sombras y el silencio para poner un velo al gran cuadro de la miseria social, mecida en gozo, en alegría, en risa, en llanto, en lo pasado, en lo futuro, en lo positivo y en las ilusiones. ¡Oh! La noche es el sueño universal; el misterio que encubre los deleites; una pausa en la sinfonía del dolor; es la hora del olvido, la muerte en ensayo. Si: la noche es una negacion; porque durante la ausencia de la luz solar, duerme el hombre feliz y descansa el desdichado. Ambos mueren por unos instantes para volver despues á la realidad: y es que somos mariposas girando siempre dentro de un círculo uniforme, cuyo centro es el sepulcro.

Mas la noche se presenta magestuosa y callada con su manto de estrellas ceñido de albos celages, que parecen volantes de tul sosteniendo al firmamento.

El Oeste desde los puertos de Beceite empuja á la bruma del rio, y trae microscópicas moléculas de nieve que

penetran en todas partes con el viento. Murmulla el pequeño Giurana con su corriente mansa y cristalina. Las luces de los caseríos van apagándose sucesivamente, y la campana de la iglesia vecina con su monótono y lúgubre plañido, llama á los creyentes en medio del silencio y de la oscuridad de la noche.

Empero la noche con sus tinieblas y su mudez tiene también sus misterios. Si el día es para ver, la noche es para sentir. Entonces el alma, cansada del continuo movimiento en que la hace girar el cuerpo, se concentra en sí misma, recuerda, sueña y goza.

En la esfera mundana que habitamos, hay dos tipos que se distinguen los unos por reconocer el sentimiento como móvil de sus acciones, y los otros á la inteligencia. Séres de cabeza y séres de corazón. Estos últimos llevan en su seno una fuente de sensaciones que á veces encierran bajo un sudario de palidez y de melancolía, y pasan por delante los demás sin ser comprendidos. Fatalidad para los que se encuentran en tal aislamiento: mas peor todavía para aquellos que no pueden penetrar el secreto. Así sucede comunmente en el flujo y reflujo de las pasiones, pues que la reflexión ó el frío cálculo del sexo pensador no concibe la causa de los deseos del sexo sensible; y muy á menudo desencanta y hasta mata las dulces creencias de esos ángeles que Dios encarnó para hacer mas suave el tránsito desde la tierra al cielo.

Era una noche húmeda y fría de octubre.

Las sombras cubrían con la niebla á un hermoso valle, que desde las sierras de Prades hacía el Ebro se estiende poco mas de una legua por entre colinas plantadas de viñas, y montes poblados de bosques, corriendo en medio el modesto Giurana. Las aguas de este pequeño río forman á pocos pasos de su nacimiento una cascada de mas de treinta pies de altura, y muchísimas otras de menos consideración, hasta pasar por debajo la fantástica peña que lleva su mismo nombre; de allí en adelante sigue llano y tranquilo, teniendo á ambos lados praderas, huertas y alamedas. El horizonte mas abajo se ensancha: ya no se ven los picos del Monsant sino por encima de collados siempre verdes; una multitud de casitas blancas ocupan las orillas; la vegetación es vigorosa, y el punto de vista muy pintoresco.

Sentado sobre un tronco de álamo, que la tempestad derribó en un día de cólera, disfrutaba de esas mágicas impresiones que inspira la naturaleza despojada del arte, y mis amortiguados sentidos renacían con sus primitivas facultades bajo aquel cielo enlutado, y sobre el paisaje mas bello del antiguo condado de Prades.

La atmósfera estaba llena de gratas emanaciones de las últimas flores y de los primeros frutos del año; pues que la primavera en este país, empieza en junio y solo concluye con el otoño, pasando desapercibido el verano. Desde los álamos, sauces y olmos, millares de insectos desprendían un olor fuerte y viroso; en el suelo brillaban algunas luciérnagas; los grillos chillaban entre las piedras, y un soso mochuelo acurrucado en el agujero de un viejo nogal, entonaba su monótona cantinela. Una vaga claridad penetraba por entre la niebla; era el astro nocturno, la casta diana

de los griegos, que asomaba su pálido disco por encima de las rocas de árboles, y sus interceptados rayos plateaban las aguas del río, cuyo melancólico murmullo convidaba á gozar la soledad de aquel valle.

Mientras avanzaba la noche la niebla iba espesándose, y la humedad penetraba en mi cuerpo. Mis ojos se dirigieron involuntariamente hacia el Sur, y á través de los árboles divisé una luz que en medio de la oscuridad delineaba los ángulos salientes de una casa de campo. El edificio encubierto por la niebla, con sus torrecillas al parecer suspendidas en el espacio, se asemejaba á un castillo feudal en la edad media. Para completar la ilusión, no tardó en llegar á mis oídos la pulsación armoniosa de un instrumento que, á no dudar era un arpa, poco despues la voz de una mujer que principiaba el romance de Rossini en el Oteló:

Assisa al piè d' un salice
immersa nel dolore
gemea trafitta Isaura
dal più crudele amore.
L' aurea trai ram i flebile
ne ripeteva il suon.

Los dulces acordes acompañaban á la canción que suspiraba un pecho débil; aunque las notas bajas descubrían en la cantora un magnífico registro de contralto; y á buen seguro no sabia fuese escuchada, pues esplayaba suma pasión en aquella sublime plegaria de la infeliz Desdemona.

El cielo estaba sombrío, húmeda la niebla y silencioso el valle; á lo lejos algunos ecos repitieron el canto de la artista nocturna, y la tristeza llegó á mi corazón.

Un relámpago vecino dió las campanadas de la media noche. Caía menuda lluvia, y la luz estaba apagada, y habia cesado el canto.

Desperté de mis ensueños, abandoné la alameda, y fui á buscar un abrigo en la granja de mi tío.

A la entrada del parque encontré á mi prima, que, como de costumbre iba á buscarme todos los días en mi retiro agreste. Dóla el brazo y nos dirigimos á la casa.

Mi prima María, hermosa y celestial criatura, habia sido relegada por el arte á la vida campestre, en donde el cariño materno la proporcionaba todas las distracciones posibles; porque la pobre niña quería libros de música, bailes, tertulias y paseos en aquel desierto. Con todas nuestras fiestas formaba contraste su frente triste y su boca taciturna. Presidia desde lejos las cacerías, asistía impasible á las diversiones teatrales; ansiaba convites, danzas y conversaciones que la fastidiaban al instante; en una palabra, todo lo deseaba y nada la contentaba, teniendo sin duda en su mente una idea fija que dominaba á todas las demás.

—¿Qué clase de enfermedad sufría? ¿Eran su cuerpo ó su alma presa de un principio disolvente? Nadie lo supo. El médico lo atribuía al poco desarrollo físico, y la madre sospechaba un castigo sobrenatural. De todos modos la jóven era una víctima que iba consumiéndose lentamente, mientras el egoismo nos hacia creer en una mejoría ficticia.

Durante aquella noche, cuando todos descansaban ya en brazos del sueño, solo yo permanecí al amor de la lum-

bre, entregado á mis meditaciones, fruto de una imaginación calenturienta, y pasatiempo de esa agonía social que llamamos insomnio. Las últimas llamas de un tronco de olivo se me figuraban las postreras miradas de un ser moribundo, encerrado misteriosamente en la corteza vegetal. Las faces de la existencia de mi prima se me presentaban en el chisporreo de la leña ardiendo, y media los sufrimientos de aquella por la intensidad de las llamaradas. Solo entonces pude comprender la inmensidad de amargura que atormentaba el corazón de la bella joven, comparando la fiebre de sus deseos con el fastidio de los goces. ¡Vé bien claro ese fatalismo intelectual que coloca á las personas demasiado sensibles en una eterna lucha de la materia con el espíritu; anhelando éste un infinito de deleites que no es capaz de darle el cuerpo. ¡Dualismo cruel que en la primavera de la vida roba al mundo tantas y tan preciosas existencias!

Los hijos de Adán tenemos caprichos y extravagancias. Ocurrióseme la singular idea de penetrar en el arcano de la melancolía de mi prima, sin llevar otro objeto que la compasión propia de mi edad y también movido por la curiosidad, acaso culpable, de conocer un secreto. Recordé que la hermosa María pasaba muchas horas sola en su gabinete escribiendo en un *Album* que yo la había ofrecido á mi regreso de la corte. En aquellas páginas, que la joven guardaba, como dicen comunmente, bajo siete llaves, sospeché encontraría la explicación no solo del mal que aquejaba á la enferma, sino quizás llegaría hasta la causa ó causas de ese dolor desconocido que hace palidecer las mejillas de las vírgenes, que enflaquece y mata como uno de los venenos de los Bórgias.

Era yo calavera de la clase de los *temerones*, que describió Larra; siempre he sido irresistible en mis proyectos, sin retroceder jamás ni aun ante el *nefas*; y nada tiene de extraño osase atentar contra el decoro de una doncella, alzando el velo que cubre el misterio de la flaqueza del bello sexo.

Serian poco mas de las dos de la mañana y el demonio de las tentaciones velaba á mi lado. Diríjme al retrete de la doliente niña. Oh, antes de entrar en él, su respiración fatigosa, interrumpida de tarde en tarde por una tosecilla seca; sus labios pronunciaron algunas palabras ininteligibles y suspiró una ó dos veces profundamente. Sobre su focador estaba el *Album* abierto, y en él señales recientes de las confidencias de la joven. La desgraciada no debía sospechar que un profano se atreviese á robarle sus secretos.

Ahora que han pasado tantos años desde aquella noche, cuando el hielo de la edad ha aminorado el dolor de los recuerdos, y la mano del tiempo ha hecho desaparecer los lazos que me impedían hablar, podré abrir este pequeño libro que escribió una moribunda: breves páginas de amargura que leen algunos con impasibilidad, pues la distancia que les separa de la autora no les facilita una sonrisa ó no les ofrece un beso.

Así pasan á nuestra vista esos meteoros misteriosos sin que revele su divina misión la perfecta forma de su esterior, y la palidez, espejo de los sentimientos.

Orillas del Giurama.—Otoño de 1839.

Tengo diez y seis años y todos creen que soy hermosa: pertenezco á una familia noble y rica: el primer fruto he

sido de un casamiento de especulación, y también soy la primera víctima.

Sin duda seré deseada por algun hombre en razón del interés y de un capricho; poco me importa: el porvenir que se ofrece á mi juventud podrá ser lisonjero por las flores que sin cesar encuentro en el camino..... mas una voz profética dice á mi corazón que he de morir pronto.

Lo conozco en mi tristeza, en esa debilidad que se ha apoderado de todos mis miembros, en el enflaquecimiento del cuerpo..... si mi voz se vuelve opaca, el pecho con dificultad respira y el aire que respiro no aprovecha. En vano me alucino con esperanzas: esas pótimas son inútiles, las distracciones me fastidian y el aislamiento me desespera. ¡Dios mío! ¡Morir sin haber gozado esas ilusiones que he soñado! ¡abandonar la vida sin comprender su objeto!

He nacido de un crimen y la providencia castiga en mí la culpa ajena. Así me lo han explicado los hombres que por una refinada envidia han amargado mi ignorancia despertando en mi inocente pecho el odio y la venganza. Me han conducido al gran mundo enseñándome á lo lejos sus escenas que se han reflejado en mi alma, como las imágenes en un cristal. Cuando en mi sencillez he alargado la mano á la indigencia he sido reprendida por la necedad que dicen cometía fomentando los vicios de esa plaga llamada *pauperismo*.

Si he llorado á vista de la humanidad doliente, una severa mirada de mi padre me ha significado que caía en otra torpeza. ¡Y ha dicho que era insensible porque no se agitaba mi corazón oyendo espesar, muy mal en un teatro, frases vanables que concebía mejor en mi imaginación ardiente!

¿Cómo negar á Dios que me escucha estas vergonzosas confesiones? Sé soy inocente y no me quejo de la perfidia humana que me obliga á ruborizarme al pronunciar el nombre de mi madre que me abandona á las manos ajenas de un mercenario como á enferma y que evita el menor roce con mi cuerpo. La madre rehúsa los besos á su hija; las amigas no quieren respirar mi aliento y tiembla un joven hablando conmigo.

Condenada para siempre al aislamiento; privada de poder gozar esa santa simpatía que hace palpar á dos corazones; separada de los vivientes por una línea de asco y de aversión ¿para qué he de vivir? ¡Oh! venga la muerte con sus ilusiones tan gratas á mi dolor! ¡Venga la hora feliz, en que mi alma, libre de una materia ya hedionda en vida, vuele por el espacio! ¡Venga la destrucción de esa resistencia transitoria, de esa imagen á quien se niega un altar! Quizás entonces se realizarán los sueños que todas las noches fascinan mi mente; mas allá de la tumba acaso encontraré á ese ser fantástico que, hace un año, veo por todas partes.

Cuando cansados mis sentidos se niegan á obedecer á mi voluntad, quedo postrada en un profundo letargo, que prolonga esa amarga bebida recetada por un médico: luego me parece despertar en un nuevo mundo, armonías suaves recrean mis oídos y agradables aromas se desprenden de infinitas flores que cubren el suelo; una voz me llama y mi cuerpo siente eléctrico choque al contacto de la mano de un ángel que como un imán me atrae á sus brazos.

Lo que goza mi espíritu en aquel momento es inexplicable; y aunque no fuera así los hombres no lo comprenderían.

Mi flaco cuerpo se convierte en un solo cristal que refracta los rayos de un sol brillante que undula á muy corta distancia. La sensibilidad del tacto se vuelve tan esquisita que cada molécula de carne percibe el frote magnético de la otra carne. Mi vista, velada por blancas nubes, solo distingue los contornos mayores de ese serafín que bate sus alas haciéndome respirar su aliento. Una lucha, al principio débil, separa y atrae al espíritu de la materia; las convulsiones del cuerpo se van aumentando; el alma parece huye enteramente y en medio de aquellas mágicas sensaciones despierta fatigada, exánime y nadando en un sudor de hielo.

¡Ah! cese de una vez ese cruel estado: en mi juventud moribunda me será menos sensible la muerte que una vida de aislamiento, de dolor. ¿De qué me sirve conocer esos gozecs fugaces si son efecto de la fiebre que me consume? ¿Qué objeto se ofrece á mi deseo, si ese ángel de mis sueños solo existe en la imaginación? Esa espantosa verdad me vuelve loca. ¡Amo á un ser ideal, á un fantasma! Las sombras de la noche me lo presentan en el disco de la luna, en la penumbra de un árbol ó en la forma caprichosa de los vapores; las aguas del río, las brisas de la tarde, se convierten en voz melodiosa para mí, y creo recordar el beso misterioso con su aura tibia que pasa por mis labios. Los ruiseñores y los gilgueros cantan como mi amado que rubin, y encontrándole en todas partes lo veo, siento su respiración, oigo sus acentos..... y es la nada! ¡un síntoma de la locura!

El egoismo, tan comun en la sociedad, forma una raza aparte de los que padecen; buscando vanos remedios para los males físicos, conducen á las víctimas al sepulcro ó á la mansion de los dementes. ¿Por qué no se ha abierto á mis aspiraciones un asilo de amor? ¿Un corazón entre tantos jóvenes que me rodean, no ha podido palpar y simpatizar con el mio?

Hora solemne de mi existencia aquella en que una mano casi desconocida me ha entregado un billete de color de rosa, cerrado con lacre azul celeste; sin duda una declaración de pasatiempo. Si hubiese encontrado lo que tanto anhelaba, era ya tarde; y la alegría no podía entrar en mi seno por vías plantadas de adelfas y de ciprés. Las llamas de una vela han consumido el papel en cuyos restos carbonizados pude leer únicamente las palabras

amor..... eternidad.....

Aquellas frases, divisadas con letras de fuego, nadando en eter, ¿significan la inmortalidad de los verdaderos sentimientos del alma, ó espresan futilidad en las pasiones humanas, semejante al humo?

¡Mi corazón siente y no duda.

Al buscar una respuesta á su carta el joven, leyó en mis ojos la amargura de la muerte; bajó sus ojos y no le he vuelto á ver.

¿Era un principio de ese afecto divino que Dios concede únicamente á sus favorecidos? ¿Era una edicion repetida de espresiones copiadas? ¿Quién lo sabe!

La primera suposición hubiese sido para mí un crimen, una inhumanidad refinada en unir los suspiros del deleite con el estertor de la agonía; y por lo demás soy orgulloso para acomodarme á la hipocresía del gran mundo.

¿Qué puedo esperar de los ajenos si apartan de mi lado á las hermanitas y me condenan á la soledad de este valle, como un sér ponzoñoso á quien es preciso separar de los vivientes?

Aquí, para que sea público el destierro, me envían dibujos, música y libros, que poco dicen á mi sufrimiento. Cuadros de la pasión de Cristo, imágenes de la Virgen doliente, grabados de mártires..... ¡Gran Dios de la infinita misericordia! ¿no soy acaso otra víctima espirando en la cruz, despues de haber pasado por el Calvario?

He buscado un consuelo á mi imaginación en esas obras modernas, escritas por la pluma del escepticismo; he saboreado el idealismo de Corina, Eloisa, Julia, Ismalia y de Esmeralda: he contemplado los tipos de Oscar, Fausto, Otelo, Romeo y de Tancredo; todo me ha fastidiado.

He esperado tambien encontrar en los autores místicos un bálsamo para mi desasosiego: el libro se me cae de las manos, porque la mente no concibe mientras siente el corazón.

¿Confesaré la única flaqueza de mi alma, la sola afición mundana que me apegá á la vida? He de decir llanamente: el capricho de la música á veces, á veces, me estasia casi hasta hacerme olvidar de mí misma.

La poesía de las pasiones tiene un lenguaje para cada uno; y rara vez es comprendida por otro sino la siente.

El lenguaje espresivo de las armonías es sin duda esa lengua universal, que soñó Descartes; y todas las naciones son sensibles á las inspiraciones de Mozart, Cimarosa y Rossini.

No apruebo la melodía cantada. Las palabras espresan una parte muy pequeña de las sensaciones; pronunciadas por un labio venal siempre son afectadas, y el amaneramiento repugna á mis sentidos.

Únicamente he encontrado dos trozos de poesía dignamente interpretados en el canto: el *Dies iræ* del don Juan, y el *Miserere* de Allegri. Sin duda por la simpatía que despiertan en un alma dolorida esos gritos desgarradores de la religion cristiana.

.....
á fuerza de sufrir en los últimos meses me he conaturado con la tristeza; como que continuamente caen lágrimas de mis ojos, aunque algunas veces estoy distraída oyendo la música de Rossini, que mi primo toca en el piano maquinalmente y solo á fuerza de ruegos.

Es un joven que solo ve el mundo á través de un prisma de alegría, sin que remotamente sospeche que el deseo es capaz de matar, como á mí me sucede. Es sano y robusto; solo trata de encontrar el espiritualismo en los deleites; con el tiempo puede ser víctima de sus ilusiones; su alma se gangrenará por el desengaño, como á mí la materia por falta de vida sensitiva.

Por lo demás, es el único de mis parientes que se atreve á acompañarme en los paseos que acostumbro, y no me niega el brazo. Cuando las frias visitas de mi padre son raras; las del médico insultantes como que me toma el pulso, puesto el guante, y cada minuto se asoma al balcon para que el ambiente puro neutralice el aire morboso de mi aliento.

Hacen bien. La planta venenosa debe aislarse á fin de que no dañe, y todo cuanto toco con mis manos se marchita y muere. Asi como ese par de tórtolas, que me man-

dó mi madre, han perecido emponzoñadas por mis caricias, y los rosales que cuidaba se han secado, temo que mi pobre primo no recoja un germen fatal con el roce. He oído decir al médico que era contagiosa en sumo grado la consunción física; y como observo que mi primo va desmejorándose de día en día, y se queja de accesos de tos por la noche, casi estoy segura.....

Al otro día por la mañana salí de la casa de campo sin despedirme de nadie. Condené al fuego todo lo que había tenido la desgracia de rozarse con mi prima; no haciéndolo con mis manos por calcular era peor el remedio que el mal; empero sufrieron mas baños ascéticos que un leproso, y para mas eficacia no volví el rostro al Sur por espacio de un mes.

El tiempo y los hombres me dieron á comprender mi preocupacion; y algunos años despues tuve valor para ir á visitar su cama de tierra, sobre la cual ha levantado una tumba la piedad fraternal.

JOAQUIN FERRANDIS.

HABITACIONES DE LOS KALMUKOS.

La Rusia no es una nacion, sino una agregacion de naciones, ó mas bien de pueblos, de tribus, de poblaciones y de hordas, que ofrecen una estremada diversidad, de las que la mayor parte no tienen mas relaciones con la Europa que las razas nómadas del fondo del Africa ó de la América. Tales son, entre otros, los samoyedos, los ostiakos, los cosakos, los kalmukos, los kirkenes, los bakires, los lesghi, etc., que no son conocidos sino en el nombre, ó poco menos, entre nosotros. Nos ha parecido, que si hiciéramos en estas poblaciones alguna escursion, siguiendo á muchos viajeros que están dotados de una ciencia profunda y del talento de observar bien las cosas, tendríamos desde luego el mérito de tratar un asunto, por decirlo así, enteramente nuevo, y creemos que no carecerá de interés y de originalidad. Hoy vamos, pues, á hablar á nuestros lectores del Museo de las Familias, de los kalmukos, este gran resto de la raza mongólica, y trataremos de dar á conocer rápidamente sus costumbres, sus habitaciones y su carácter.

En el invierno, los kalmukos de la Rusia viven errantes, sin habitaciones fijas en las landas inmediatas á las bocas del Volga y del mar Caspio. Las playas del mar les suministran muchas leñas para calentarse; y como cae muy poca nieve en aquellas comarcas, sus rebaños encuentran siempre bastantes pastos y forrage para alimentarse hasta la buena estacion. Desde los primeros días de la primavera vuelven á subir al Norte y van á ocupar las landas, llenas de manantiales, hasta que el Volga haya vuelto á entrar en su cauce. Los terrenos bajos, situados á la orilla de aquel, no les ofrecen entonces excelentes pastos. La abundancia de manantiales es ordinariamente la eleccion del lugar para

establecer su campamento los kalmukos. Los camellos le son muy útiles cuando pasan de una comarca á otra, para llevar, no solamente sus tiendas, sino tambien todos los utensilios de su casa: sus cofres, sus muebles, en fin, todo cuanto poseen. Ponen al cuello de los camellos cascabeles y campanillas. Hombres, mugeres, niños, todo el mundo canta durante estas emigraciones; los primeros yendo á derecha é izquierda, conduciendo los rebaños. Se cree muy feliz este pueblo por mas miserable que nos parezca; miramos sus alimentos y sus habitaciones como muy mal sanos; empero muchos de entre ellos llegan á una edad avanzada, y hasta su muerte disfrutan de la mejor salud y de una grande alegría.

Los kalmukos tienen el olfato muy sutil, muy fino el oído, y la mas penetrante vista. Esta sutileza de olfato les es muy útil en sus expediciones militares, para oler desde lejos el humo del fuego, ó el olor de un campamento, y tambien para procurarse botin ó algun lugar ventajoso donde situar su campo. Les basta á casi todos acercar la nariz á una madriguera de zorra, ó de cualquier otro animal, para poder decir si el animal está dentro ó nó. El oído les advierte á una distancia considerable el ruido de los caballos que caminan, y los sitios donde está acampado el enemigo, y aquellos donde podrán encontrar un refugio ó alguna res perdida. No tienen para esto mas que tenderse en el suelo y aplicar la oreja contra la tierra. Una cosa mas asombrosa todavia es la perspicacia de la vista de la mayor parte de los kalmukos, y es á la distancia verdaderamente extraordinaria, que descubren muchas veces pequeños objetos, y esto desde un sitio poco elevado en el inmenso desierto, á pesar de las ondulaciones del terreno y de los vapores que forman los grandes calores.

Un viagero que habia habitado largo tiempo entre estas poblaciones, cuenta que todos los kalmukos nacen con los cabellos negros, y que jamás se ha visto una sola escepcion en este punto. Abandonan enteramente sus hijos á la naturaleza: de aquí, sin duda, procede en gran parte la salud robusta de que disfrutan y la exactitud de proporciones de sus cuerpos, aunque generalmente sean de una talla mediana, y mas bien se les encuentra pequeños que altos. Tienen los miembros delgados y muy sueltos. En punto á su fisiología, muchos creerán por una porcion de relaciones que se han hecho de los kalmukos, que estos tienen una figura horrible; sin embargo, los mismos viageros de que hemos hablado antes, protestan contra estas relaciones, y declaran haber visto, tanto entre las mugeres como entre los hombres, muchos rostros, cuya regularidad y aun proporciones, hubieran causado la admiracion en todas las ciudades de Europa. Además, las facciones caracteristicas de los kalmukos son: ojos cuyo grande ángulo, colocado oblicuamente en descenso hácia la nariz, es poco abierto; cejas negras, no muy pobladas, y formando arco; una nariz ordinariamente ancha y aplastada hácia la frente; los huesos de las mejillas salientes; la cabeza y el rostro, muy redondos. Tienen tambien la megilla muy morena; los lábios gruesos; la barba corta; los dientes muy blancos, y los conservan hermosos y sanos hasta la vejez. Todos tienen las orejas de un enorme grueso, y apartadas de la cabeza, lo que procede de la costumbre que tienen de calarse un gorro hasta la raíz de las orejas. Tienen la barba muy fuerte, y no llevan sino dos bigotitos con una perilla, ó mechon, de-

bajo del lábio inferior. Los ancianos y los sacerdotes, son los únicos que conservan la barba con el bigote. Tienen gran cuidado de quitarse el vello de todo el cuerpo. Afeitan la cabeza á sus hijos varones, desde muy niños. Las mugeres, al contrario, tienen mucho cuidado y empeño de conservar su cabellera. Tienen la piel bastante blanca, y sobre todo los niños; empero la costumbre admitida de dejarlos correr absolutamente desnudos al ardor del sol y junto al humo de que están siempre llenas las cabañas de aquel pueblo, les hacen tomar á la piel un color amarillo azulado.

Estas cabañas son tiendas de fieltro, como todas las de los pueblos nómadas del Asia. Son de una construcción tan ingeniosa, que merecen una descripción, á la que servirá de complemento la lámina que lleva este artículo, presentando el interior y el exterior de una de ellas. El armazon consiste en un tejido de mimbres, de siete pies, á lo menos, de altura. Cada pieza está unida á la otra por perchas de sauce muy espesas, que se levantan como una red. Se pone este tejido alrededor de la circunferencia, mas ó menos grande, del interior de la cabaña, dejando á la entrada una abertura para colocar en ella una puerta de una ó dos hojas. Una larga cuerda de cerda rodea toda la tienda, á fin de afirmarla mejor y darla una forma bien redonda. El techo está hecho de una especie de corona de madera, compuesta de dos círculos, sostenidos á alguna distancia el uno del otro sobre tres largos palos de sauce. Un gran número de varas parten del tejado de mimbre para venir á entrar en este círculo, á donde se sujetan con cuerdas. Tal es el armazon de una cabaña de kalmukos, que pintan ordinariamente de encarnado. El techo se cubre en seguida con una gran pieza de fieltro, que se ata con cuerdas entrelazadas. Los costados permanecen abiertos durante el verano, y se cierran en el tiempo del frio, con otras piezas de fieltro, ó con un tejido de cañas y pajas. Delante de la puerta cuelgan una cortina de fieltro. Por la parte superior de la cortina se da salida al humo; pero se tiene cuidado de poner allí dos palos de mimbre, en forma de cruz, para poner un pedazo de fieltro, que sirve para preservar del viento ó de la lluvia, y para cerrar la abertura á fin de conservar el calor en la cabaña.

Alzanse en el centro unas grandes trévedes de hierro, sobre los cuales hay siempre fuego ó brasas. Sobre estas trévedes se hace la cocina. Todos los instrumentos y utensilios destinados á este uso, consisten en platos de hierro, llanos, de diferentes dimensiones, en algunas escudillas y vasos de madera, de barro, y una gran tetera. Esta tetera es de cobre en las cabañas de los pobres, y de madera en la de los ricos, trabajadas con mucho esmero, con arcos de hierro ó plata. La cama se encuentra en el interior de la tienda, en frente en la puerta. El interior de la casa está al cuidado de las mugeres; los hombres no tienen mas ocupacion que construir las tiendas y hacer en ellas las composturas necesarias; el resto de su tiempo lo pasan en cazar, en cuidar los rebaños, en hacer nada, ó en divertirse. Las mugeres al contrario, están siempre ocupadas en ordeñar los ganados, en preparar sus pieles, en cocerlas, ó en otros trabajos domésticos. Ellas desmontan las tiendas y las cargan cuando se cambia de habitacion, y las vuelven á armar en el nuevo campamento. Una cosa muy singular es que las mugeres ensillan los caballos, y los conducen delante de la tienda

cuando el marido se pone en camino; en una palabra, tienen tantos trabajos que jamás se las ve ociosas, y sin embargo, no consagran ningun instante á su tocador ni á su aseo.

La riqueza de los kalmukos consiste en sus numerosos rebaños: la leche que sacan de los animales forma la base de su alimento. Tienen mas caballos que animales de cuernos, y prefieren la leche de yegua á la de vacas ó cualquiera otra, porque por poco que la dejen agriar en vasijas, toma un gusto de ácido vinoso muy agradable, y dos ó tres escudillas bastan para embriagar. Esta leche da apenas algunas gotas de nata, y no puede hacerse con ella manteca; pero los kalmukos destilan de ella un mal aguardiente. Esta operacion es ordinariamente motivo de una fiesta de familia y de un regalo entre vecinos y amigos. El que una vez se emborracha con esta bebida se pone casi loco durante dos dias, y necesita muchos para volver á entrar enteramente en razon. Esta leche deja un residuo ácido, que se emplea para muchas cosas. Los kalmukos lo toman al salir de la embriaguez, mezclado con leche fresca, y se sirven tambien de él para preparar las pieles de los corderos y carneros. Cuando se ha verificado el agriamiento de la leche, se bate y hace cocer aquel residuo hasta que se pone tan espeso, que se convierte en queso, y despues de haberlo prensado bien, se corta en pedacitos redondos y se ponen al sol para secarse.

En estío, la caza y los rebaños proporcionan á los kalmukos todo el alimento de que tienen necesidad, no matando sus ganados sin necesidad, escepto los ricos cuando dan un convite. Comen todos los animales y pájaros, con tal que estén gordos. Les gusta mucho la marmota, la musaraña, el castor, que miran como una comida muy sana. Hacen tambien gran consumo de cabras silvestres, y aun de aves de rapiña. Las sobras de las comidas, las parten en pedacitos que secan al sol, ó al humo de las cabañas en los tiempos de lluvia, y esta es su provision de invierno. Tambien hacen uso para su alimento de muchas raices silvestres.

Los hombres, lo hemos dicho, llevan una vida muy cómoda en comparacion de las mugeres; pero no puede decirse por esto que están ociosos, pues que, además del cuidado de sus armas y sus rebaños, tienen la conservacion de sus tiendas, y la obligacion de hacer nuevas casas para casar á sus hijas; además, la fabricacion del fieltro, que tambien es la obligacion de todos los de la casa, y que deben guardar como soldados despues de defender sus bienes y sus familias.

Una lanza, un arco y flechas, tales son las armas de un kalmuko. Los arcos los hacen generalmente del árbol llamado arce, ó de cuerno. Estos son mas estimados y mas duros. Tienen tambien flechas de madera, muy cortas, con la punta en forma de cruz, de las que se sirven para matar los animales paqueños: usan otras guarnecidas de un hierro ligero, en forma de tijeras; otras con un hierro estrecho, y otras, en fin, destinadas para la guerra, con un gran hierro puntiagudo. Todas estas flechas tienen tres ó cuatro filas de plumas de cola de águila, porque las de sus alas no hacian buena puntería. Cada especie de flechas tiene su correspondiente carcax, que pende del arzon de la silla del caballo, mientras que el arco va á la izquierda. Los kalmukos ricos tienen armas de fuego. Un kalmuko bien armado, po-

see su coraza, compuesta de anillos de hierro y acero, en forma de red, según la costumbre de los orientales. Tiene además un casco redondo, guarnecido de anillos de hierro, cayendo por delante hasta las cejas, y por detrás hasta los hombros. Lleva sobre el cuerpo una cota de mallas, cuyas mangas bajan hasta los puños. Y ellos mismos se forjan sus armas, y fabrican todos los utensilios de que se sirven en la casa.

Esta raza tiene una colección de leyes escritas en caracteres mongólicos, que podrían proponerse como modelos á muchas naciones civilizadas. Estas leyes, aunque hechas

antiguamente, respetan la vida de los hombres: fijan penas para todos los crímenes reconocidos entre los kalmukos; empero no pronuncian la de muerte en ningún caso, ni aun en el de parricidio. Muchos artículos son notables. Así, todos los espectadores impasibles en un desafío particular, son multados en un caballo, si muere alguno de los combatientes. Un asesino está obligado á casarse con la mujer del muerto y á adoptar á sus hijos y mantenerlos. Si se trata de golpes ó heridas, el culpable es castigado según la calidad de la ofensa; según la mayor ó menor violencia; y como entre los francos, la ley marca lo que se debe pagar por



Vista interior y exterior de una cabaña de kalmukos.

un diente, una oreja, ó una pierna cortada. Las multas son también determinadas según los insultos. El mayor que se puede hacer á un hombre, es tirarle de la barba, arrancarle la borla de su gorro, escupirle en la cara, ó tirarle arena, ú otra cosa, al rostro. El robo es el crimen mas rigurosamente castigado, cualquiera que sea la categoría del ladrón.

Nos parece que estas leyes están hechas para dar del carácter de los kalmukos una idea mas favorable de la que se puede sacar de muchas obras; y en efecto, esos pueblos son afables, hospitalarios, sociables, y se complacen en servir, manifestándose siempre alegres y contentos. El mayor

defecto que puede echárseles en cara es el desaseo y la desidia. Libres y sin ambición, todos los pueblos nómadas son propensos á la ociosidad. Sin embargo, los kalmukos son laboriosos é infatigables. Aunque se acuestan tarde y se levantan con la aurora, no duermen durante el día, y á menos que no estén borrachos, se reputa como una cosa deshonrosa entre ellos. Son muy coléricos, cometen asesinatos por enemistad y venganza, y sin embargo, viven entre sí en la mejor armonía, lo que no parece muy creíble, vista la vida independiente y vagabunda que llevan.